

EL U - 31, UN SUBMARINO TRIPULADO POR MUERTOS

Traducido y extractado del libro
"Les corsaires sous-marins" de Lewell
Thomas, por Pedro Sapunar Peric,
Ing. Dirección de Obras Portuarias.



ONSTITUYE ESTA una historia contada por el barón von Spiegel, comandante del submarino U-32 durante la Primera Guerra Mundial, a un grupo de amigos, años después que ésta terminó.

"Yo soy marino y por consecuencia, supersticioso. Ingresé a la actividad marítima como grumete en los buenos viejos tiempos en que la carrera de oficial en la Marina alemana era un sueño. La vida social era encantadora; se hacían bellos cruceros alrededor del mundo, no había preocupación alguna. Aunque jamás adquirí fama de atrevido ante los demás marinos, yo tenía bastante experiencia del mar como para saber que, en general, un viernes 13 trae desgracias. Puede ser que Uds., terrestres, no lo crean. Vayan al mar y se convencerán.

Estamos en 1915, en el mes de enero, y el 13, ¡un viernes! Las autoridades marítimas habrían podido notarlo, pero los almirantes no prestan atención a las ideas y preferencias de sus subalternos. Tres submarinos zarparon de Wilhelmshaven en crucero al Mar del Norte: el "U-22", comandante Hoppe; el "U-31", comandante Wachendorff, y mi buque el "U-

32". Yo les voy a contar la historia de estas tres naves que zarparon un viernes 13.

En lo que concierne a mi buque, el "U-32", hay poco que decir. Tuvimos una mala suerte constante. Nuestra misión consistía en cruzar frente a la desembocadura del Támesis y tratar de hacer el mayor daño posible. Desde el día de nuestra partida hasta el de regreso la tormenta rugió. Nuestro aparato que medía la fuerza del viento había sido graduado de uno a doce, e indicó once todo el tiempo. El mar rompía sin cesar en la torrecilla; en cuanto a la cubierta, ella estaba continuamente sumergida, no se podía mandar allí a un hombre sin atarlo sólidamente. Con esto y los balances increíbles del buque tuvimos una epidemia de brazos, piernas y hombros quebrados. Permanecimos en el mar nueve días sin ver un solo barco. Volvimos el 22 de enero; los otros dos submarinos no habían llegado todavía. Los días pasaban sin que ellos dieran señales de vida.

Cinco días después, el ruido de los motores del "U-22" nos informaba que el volvía. Todos a bordo nos apretujábamos sobre la cubierta para aplaudir el retorno del buque que creíamos perdido. Pero los oficiales y los hombres permanecían inmóviles sobre su cubierta sin

responder a nuestros calurosos ¡hurra! Se podía decir que eran estatuas. Sus caras estaban pálidas y sombrías. Se habría dicho una tripulación fantasma, escapada de las garras de la muerte. Hoppe, el comandante, tenía en su rostro las marcas de un horror inolvidable.

El "U-22" se amarró. Hoppe, caminando como un autómatas, subió al malecón y fue a encontrar al Jefe de la Flotilla. Lo saludó con un gesto brusco:

—"Yo le rindo cuenta —dijo él con una voz quebrada— yo le rindo cuenta que he torpedeado al "U-7". Traigo al único sobreviviente de la tripulación".

El comandante del "U-7", George Koenig, era el mejor amigo de Hoppe. Después de largos años, ellos eran inseparables. Cuando se veía a Koenig, buscaba siempre a Hoppe.

Se tenía la costumbre siempre de advertir por TSH a los comandantes cuando otros submarinos se encontraban en la vecindad. Algo había funcionado mal. Hoppe no había recibido el mensaje informándole que Koenig operaba en su sector. ¡Un submarino a proa! El buque, bastante lejos, navegaba semisumergido. Todos los submarinos, amigos o enemigos, se parecen, vistos de lejos. Para asegurarse de su nacionalidad. Hoppe había hecho la señal de reconocimiento, pero era tarde, casi en el crepúsculo, y Hoppe tenía el sol en los ojos. El no pudo distinguir la respuesta de Koenig. Otra señal y otra respuesta siempre invisible para Hoppe. Piensa entonces tener un duelo con un inglés, se sumerge y hace un ataque magnífico. La explosión violenta envía al fondo al casco de acero.

Hoppe se dirige a prisa hacia el lugar del siniestro. Un hombre nada. El "U-22" le saca del agua inmediatamente. La primera cosa que vio Hoppe fue la cinta de la gorra: Deutsche Unterseeboots Flotille". Acababa de hundir al "U-7", que comandaba su amigo muy querido Koenig.

Hoppe fue muerto dos años después cuando su submarino fue destruido por el buque-trampa (buque Q) del famoso comandante Gordon Campbell.

El tercer submarino, el "U-31" no regresó jamás. Las semanas y los meses pasaron sin que se supiera nada de él. Se hallaba totalmente desvanecido, y se

pensaba que había chocado con una mina. Seis meses después él reapareció de una manera sensacional. Había llegado a ser el submarino fantasma.

Uds. conocen la vieja leyenda del buque tripulado por muertos. Durante la guerra nació una leyenda del aeroplano volando en pleno cielo piloteado por un muerto. He aquí ahora ésta del submarino.

Un submarino navega tranquilamente en superficie. Todo parece normal a bordo. Parece amenazador, preparado para sumergirse y lanzar sus torpedos. En el hecho, es el viento quien lo empuja y termina por encallar sobre la costa oriental de Inglaterra. Unos pescadores asombrados dan la alarma. Las autoridades marítimas llegan de prisa. El submarino, inmóvil como una roca, está encallado sobre un banco de arena. Se sube a bordo, se le toma a remolque y a su llegada a puerto se le pone en dique seco.

He aquí lo que se descubre:

Este submarino es el "U-31" que había salido al mar seis meses antes, un viernes 13. Estaba en perfecto estado. Podría estar en crucero activo. Sus oficiales y marineros están en sus literas y en sus coyotes. Parecen dormidos, pero están muertos. La última inscripción en el bitácora de a bordo se remonta a seis meses atrás. Según este documento, el submarino ha aparejado de Wilhelmshaven para uno de los primeros grandes cruceros submarinos de la guerra. Nada de anormal se produce. Su viaje es efectuado normalmente y sin acontecimientos extraordinarios. Bruscamente el diario se detiene seis meses, día por día, antes de haberse encontrado el submarino.

Este buque maniobrado por muertos ha, pues, cruzado durante seis meses en las aguas del Mar del Norte, surcado por numerosas patrullas. Esto traspassa los límites de la imaginación. Los técnicos no han podido encontrar más que una explicación de este misterio y ésta es verosímilmente buena.

El submarino habría debido posarse en el fondo para pasar la noche. Así lo hacía a menudo. Los oficiales y tripulación se habrían ido a dormir, mientras la nave reposaba en el fondo del mar. Se debe haber dejado sin duda a uno solo de guardia, el que debe haber sido do-

minado por el sueño, del cual no despertó. Gases venenosos (se forman a menudo en los submarinos de modelo antiguo) habrían debido penetrar en el compartimiento donde dormía la tripulación y asfixiar a todo el personal durante el sueño. La nave habría quedado en el fondo. El aire comprimido habría salido poco a poco y sacado gradualmente el agua de los tanques de lastre a medida que los meses pasaban. En fin, un buen día el submarino habría alcanzado flotabilidad positiva y aflorado cerca de la

costa sobre la que había sido rápidamente empujado.

Este es un episodio único en la historia de los corsarios submarinos.

Esto es bastante, pensarán Uds., para un viernes 13. Yo había jurado que no saldría jamás a la mar en este día maldito. Y no obstante, a pesar de esta promesa, mi último crucero comenzó un viernes 13. Yo no habría dudado que éste sería el último. En efecto, mi carrera submarina debía brutalmente terminar durante este crucero, de una manera imprevista y emocionante.

